

Anecdotas de un soliloquio

Homenaje a Hans Rother 1928-1999

Estoy mucho más acostumbrado a hablar sobre mi padre, el arquitecto Leopoldo Rother, que sobre mi mismo

Luis Fernando Acebedo R.
Estudiante de la Maestría de Urbanismo
Universidad Nacional de Colombia

En una mañana de agosto del año 1999 nos dimos cita con el maestro Hans Rother en su oficina de la Maestría de Urbanismo de la Universidad Nacional. Cinco minutos antes de la hora convenida el profesor estaba abriendo la puerta, con esa puntualidad y rigurosidad propias de su origen germano. Por fortuna allí estábamos, con el equipo listo para grabar la entrevista y tomar algunas fotos.

Sin más espera y luego de un saludo cortés, nos invitó a pasar. Estaba impecablemente vestido, como siempre, con una gabardina colgada en el brazo y el maletín en la mano. Su figura lucía un poco más delgada, reflejo de un cansancio acumulado por los quebrantos de salud que se esmeraba en desestimar.

Queríamos hacerle una especie de crónica de su vida profesional como materialización de una iniciativa de algunos estudiantes de la Maestría por recuperar parte de la memoria urbanística de nuestras ciudades, a partir de consultar aquellos arquitectos-urbanistas que fueron protagonistas de otras épocas y aún sobreviven para contarlos. Y con ello, poder rendir también un sincero homenaje de las nuevas generaciones a los MAESTROS, con mayúsculas, los que por

sus conocimientos, su práctica y aportes teóricos, han contribuido a la consolidación del pensamiento urbanístico en Colombia.

De antemano, nos prohibió utilizar la grabadora, argumentando que era muy poco lo que podía decir sobre su obra profesional, más allá de una hoja de vida escrita de su puño y letra, y cuatro libros publicados que podríamos consultar en la biblioteca de la Universidad. Replicamos a su modestia, diciendo que nos interesaba conocer, entre otros aspectos, sus recuerdos sobre la visita de Le Corbusier a Colombia, su interés por el estudio del urbanismo en una época donde no había mayores desarrollos en este campo, su práctica profesional al lado del arquitecto Carlos Martínez, su pasión por el Derecho Urbano, la actividad docente, etc.

Comenzó a hablar rápidamente sobre cada uno de estos temas, ensimismado en un relato sin mucho orden, pero cargado de anécdotas. Entonces, sacamos papel y lápiz, y haciendo de aprendiz de taquígrafos, intentamos tomar atenta nota de sus reflexiones.

Estoy mucho más acostumbrado a hablar sobre mi padre, el arquitecto Leopoldo Rother, que sobre mí

mismo, puntualizó. Mis maestros fueron Bruno Violi, Karl Brunner y Leopoldo Rother, entre otros. Trabajé con Violi en el Palacio Presidencial y el Ministerio de Defensa. Cuando Le Corbusier llegó a Colombia, yo estaba en segundo año de Arquitectura —en aquella época el período académico era de un año—. Yo tenía 18 o 19 años.

Comentó sobre los preparativos que se hicieron para recibir a Le Corbusier en los salones de arquitectura de la Universidad Nacional:

El profesor Karl Brunner, a quien definió como un "neoclasicista", organizó una exposición de fotos con los planos de "la Ville Voisin". Cuando Le Corbusier entró al aula de clase y vio las fotografías, pasó al tablero y le dió un puño diciendo "ésto no es lo que yo pienso".

Tal y como le sucedió a muchos estudiantes de arquitectura de su generación, la figura paradigmática de Le Corbusier motivó los deseos por hacer parte de su equipo de trabajo. Hans Rother no fue la excepción y se propuso hacer lo posible por lograr ese objetivo.

Días después divisó a Le Corbusier en la carrera 7ª observando las luces de neón multicolores del comercio de la ciudad, que al parecer le encantaban. Lo abordó intentando llamar su atención e interés sin mayor éxito. Al día siguiente, el arquitecto suizo comentó a sus discípulos colombianos que "lo había asaltado una especie de 'querubín rubio' que andaba por ahí hablando maravillas de su trabajo".

La tercera y última oportunidad que Hans Rother tuvo para acercarse a Le Corbusier fue haciendo de mensajero de su padre, el arquitecto Leopoldo Rother, quien por aquellos años trabajaba para el Ministerio de Obras.

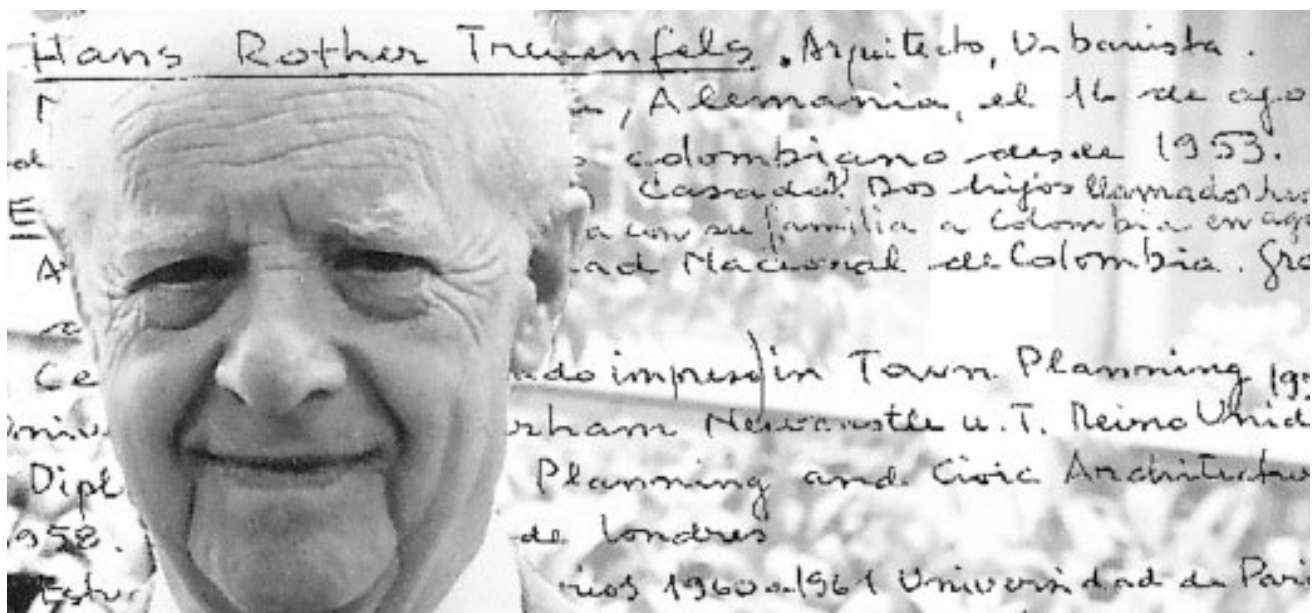
Le Corbusier conoció a mi papá en el Ministerio de Obras, por una visita que hizo a esa institución. El le pidió unos planos de un edificio del Centro Cívico diseñado por mi padre, para publicarlo en una revista llamada "El hombre et la architecture". Yo llevé personalmente los planos a su oficina y le dije a Le Corbusier que quería trabajar con él. Le anexé unos dibujos. Entonces, él simplemente me dijo que mi dibujo lineal era mejor que mi dibujo a mano libre.

Días después, Hans Rother volvió a insistir para que lo aceptara en su Taller, al menos una hora diaria, pero una vez más fue rechazado.

Al culminar sus estudios en la Universidad Nacional, se empleó en una escuela de dibujo, luego se vinculó a la Universidad Nacional como profesor de Historia de la Arquitectura por dos años consecutivos. Al cabo de ese tiempo viajó a Inglaterra para hacer sus estudios de posgrado en la Universidad de Londres donde obtuvo su diploma en *Town Planning and Civic Architecture* en 1958.

Lo interrumpimos para preguntarle sobre las razones que lo motivaron a estudiar urbanismo, cuando en Colombia prácticamente no existían escuelas en esa materia. Bueno, nos respondió, "es que para conseguir una beca en el exterior había que estudiar urbanismo, no había más".

Cuando regresó al país lo nombraron arquitecto-urbanista de la "Oficina de Planificación del Distrito". Había un mercado en el sector público, nos dijo, por eso yo fui burócrata toda la vida, como mi padre. Nadie quería trabajar en oficinas, pero yo sí.



Su primera experiencia fue poco gratificante porque, según comentó: *"El Director siempre estaba cuadrando la chequera"*. Posteriormente llegó el arquitecto Carlos Martínez para ponerse al frente de la oficina, *"un hombre con una gran pasión por el urbanismo"*. Armó un excelente equipo de trabajo y comenzó una labor de planeamiento muy interesante. Hans Rother fue nombrado subdirector de la Oficina de Planificación Distrital.

Arturo Robledo Ocampo dirigió el trabajo de zonificación de la ciudad. Yo dirigí la elaboración de los textos. No participé ni en el plan vial ni en el de zonas verdes. Como funcionario del Distrito, Hans Rother recordó que siempre existió una relación mucho más directa con los abogados que con los arquitectos:

Había una vocación por el Derecho. Mi papá debió someterme a un examen psicotécnico de orientación profesional. Fue él quien escogió la profesión de arquitecto. Esta confesión sin embargo, no la hizo con arrepentimiento por el estudio de la arquitectura, sino como reconocimiento de unos intereses específicos en el derecho urbano, un asunto en el que definitivamente fue pionero.

Al trabajar con el Distrito, Planeación Nacional le encargó redactar una Ley Nacional de Urbanismo. *"Esa ley se quedó escrita, nunca fue presentada al Congreso porque hubo cambios políticos"*. Al culminar la década de los años 50, se presentó una crisis en la Oficina de Planificación.

Carlos Martínez había reconocido públicamente que él era del MRL, movimiento encabezado por Alfonso López Michelsen, ala socialista y ala liberal. En ese tiempo todo era coalición. Por eso tuvo que irse, y todos los demás miembros del equipo lo respaldamos. Entonces, Carlos Martínez salió de la oficina como

una gallina clueca con todos sus polluelos. Después de esta experiencia, viajó a Francia en compañía de Carlos Martínez, con una beca para realizar estudios complementarios.

«Yo llevé personalmente los planos a su oficina y le dije a Le Corbusier que quería trabajar con él. Le anexé unos dibujos. Entonces él, simplemente me dijo que mi dibujo lineal era mejor que mi dibujo a mano libre»

Cuando sus recuerdos llegaron a los años 80, Hans Rother habló de los libros publicados, con esa manera escueta y extremadamente humilde de quien considera que su vida y sus logros, tal vez fueron más el producto de un destino manifiesto que de un camino escogido. *"El libro sobre mi papá sólo lo podía hacer yo. Lo escribí para ser ascendido a profesor titular en la Universidad. Fue publicado por Escala y duraron ocho años vendiéndolos"*.

Cuando se refirió a sus libros sobre Derecho Urbano, fue mucho menos parco. Algunas anécdotas sirvieron para contextualizar la dificultad de emprender esa difícil tarea, pero quizás la más gratificante de su existencia. En la profesión del Derecho no figura el Derecho Urbanístico. Una vez, conversando con un constituyente del Magdalena, me dijo, "no nos faltan leyes, lo que pasa es que no son buenas". Entonces, si no son buenas, me dije, ¿para qué le dedico yo tiempo a escribir esos libros?

De todas maneras culminó su esfuerzo publicando dos libros que *hay que mirarlos en conjunto*, remarcó, advir-

tiendo que en general, *la tradición en Colombia es que los libros escritos sobre un mismo tema, casi nunca toman en cuenta el anterior.*

El Derecho Urbanístico es el Derecho de Policía. Se ocupa de velar por las buenas costumbres, la salubridad, la tranquilidad, la estética. Es la vigilancia que el gobierno ejerce sobre las actividades privadas. Es el orden público.

Cuando terminó de escribirlos sintió que se había quedado sin tema, aunque seguía aprendiendo todos los días, sobre todo por *"el continuo cambio de la legislación colombiana"*. La empresa Legis le ofreció continuar su trabajo vinculándolo como asesor en esa materia, sin embargo, desechó la oferta porque, según dijo, *"no quería defraudarlos como asesor; en cambio como investigador sí, porque en eso puede trabajar cualquiera"*.

Comenzamos a sentir en su rostro un ligero cansancio. Sus labios, algo resecos confirmaban la fatiga. Con anterioridad habíamos pensado que esta jornada sería la primera de una serie donde pudiéramos profundizar en algunos temas inéditos. Decidimos interrumpir sus reflexiones preguntándole, para culminar, por sus planes inmediatos, a lo cual nos respondió con el absoluto convencimiento de un maestro que ha dedicado toda su vida a la academia:

¡¡Quiero investigar!! Ya no quiero preparar más clase.